

PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

Al fin, la asamblea El PRI ante sus cambios

Mañana, y hasta el lunes, se efectuará la decimocuarta Asamblea Nacional del PRI, la que debería haber obrado el prodigio de transformarlo para que transite del régimen de partido único (o dominante) al de verdadera contienda de partidos. Al final, parece que se ha resuelto dejar la reforma para después, y limitarse sólo a algunos remozamientos, en especial en lo que hace a la estructura de la organización.

1990

4

1000 pesos

Vienes 31 Agosto

Viene de la 1

Ha sido una constante, desde 1950 en que se efectuó la primera, que las asambleas nacionales sean presentadas como punto de flexión, como parteaguas en la historia del PRI. Así ocurrió cuando el general Rodolfo Sánchez Taboada convocó a la inicial de esta serie, efectuada en febrero del año en que el siglo llegó a su mitad, cuatro años después de surgida la nueva etapa del partido gubernamental. Así ocurrió, también, cuando el general Gabriel Leyva Velázquez llamó a celebrar la segunda, en 1953, un año después de las elecciones donde el henriquismo había hendido el árbol de la unidad revolucionaria. Así ocurrió cuando se realizó la tercera, bajo la égida del general Alfonso Corona del Rosal, el único que ha durado seis años en la presidencia del partido, y que, él sí, introdujo un cambio básico, al instituir la estructura territorial, a base de secciones. Así

ocurrió cuando correspondió a Carlos A. Madrazo realizar en abril de 1965 la cuarta, durante el breve lapso, menor de un año, en que encabezó a las huestes priístas. Así ocurrió cuando el doctor Lauro Ortega presidió la quinta, en enero de 1968, para el solo efecto de dar el relevo a su sucesor, Alfonso Martínez Domínguez, quien no organizó ninguna. Así ocurrió cuando Manuel Sánchez Vite, en 1971, llamó a la sexta, casi el único evento que pudo realizar en los exiguos 14 meses de su presidencia. Así ocurrió cuando al año siguiente tocó a don Jesús Reyes Heróles realizar la séptima, recién llegado a "la máxima responsabilidad a que como revolucionario mexicano puedo aspirar", según reconoció él mismo. Así con la octava, convocada por el mismo Porfirio Muñoz Ledo que 12 años después pondría en jaque al partido que presidía en 1975. Así ocurrió con la novena, organizada en 1978 por Carlos Sansores Pérez, en el inútil intento de

preservarse en la presidencia del partido en que lo sustituyó, antes de la mitad del sexenio, Gustavo Carvajal. Así ocurrió con la borrosa décima, que correspondió al propio Carvajal organizar. Así ocurrió con la decimoprimer, en que fue ratificado en su cargo don Javier García Paniagua, menos de ocho días antes de que en octubre de 1981 renunciara a la jefatura del partido. Así ocurrió con la decimosegunda, encabezada por el ahora gobernador Adolfo Lugo Verduzco en 1983. Y así ocurrió, en fin, con la decimotercera que, para hacer honor a la cábala sobre la mala suerte atribuida al número 13, significó el último intento de la Corriente Democrática liderada por el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, de introducir reformas al PRI.

A Luis Donald Colosio corresponde encabezar la decimocuarta. Hubiera debido, también, tocarle el turno de una mutación profunda. Pero se ha resuelto aplazarla. En buena hora que así haya sido, para el senador sonorens, porque

la misión era notablemente desproporcionada a su propio tamaño político. Para su desgracia, Colosio no llena los zapatos de ninguno de los dos arquetipos que han estado a la cabeza del PRI. Ni es un operador pragmático, conocedor de los lodazales, como lo fueron Martínez Domínguez o Sansores; ni es un ideólogo como lo fue Reyes Heróles, capaz de definir nuevos rumbos al partido, Colosio no lo ha sido siquiera para establecer una nueva retórica. Sus iniciativas han terminado volviéndose contra sí mismas, como la de suprimir los sectores o la de fomentar la crítica desde cargos del propio comité nacional.

Quizá sea apresurado decir que, como en la fábula clásica a los rugidos telúricos sobrevendrá el parto de los montes, que dieron a luz sólo un ratoncillo. Eso lo sabremos el lunes, cuando todo haya concluido. Pero nos tememos que, efectivamente, el lunes todo haya concluido. Es decir, que no haya consecuencias para el futuro.